

Las comunidades vulnerables hallan en el Museo del Oro un medio de fortalecimiento

Haydée Rivero
Antropóloga

Fotos de Haydée Rivero



Aspecto de los talleres realizados como investigación de los públicos y “no públicos” del Museo del Oro.

Palabras clave: población vulnerable, Museo del Oro, actividad cultural, patrimonio, identidad, estudios de público.

Resumen: El Museo del Oro de Bogotá, recientemente renovado, busca ofrecer programación atractiva para todos los públicos. Pero, ¿el Museo del Oro es visto de la misma forma por los distintos grupos socioculturales de la ciudad? En barrios populares de Bogotá se realizaron talleres y actividades con distintos grupos que permitieron explorar desde la antropología sus concepciones de los museos, el oro, la tradición, la identidad, la convivencia, la corresponsabilidad. Se describen las actividades realizadas, las opiniones recibidas, y se presentan las posibilidades que se le abren al museo en el trabajo con las comunidades de base que se fortalecen con la labor cultural.

Abstract: The recently-renovated Bogotá Gold Museum sets out to offer programmes that all members of the public will find attractive. But is the Gold Museum viewed in the same way by all the different socio-cultural groups in the city? Workshops were held and other activities arranged in several of Bogotá's poorer districts, and these enabled people's conceptions of museums, gold, tradition, identity, living together in harmony and joint responsibility to be explored from the anthropology angle. The activities engaged in and the opinions received are described, and the possibilities are presented that have opened up for the museum in its work with the communities that are reinforced through cultural activities.

“Y los museos del siglo XXI son cada vez más incluyentes: no solamente se adaptan para acoger a los invidentes y discapacitados, sino que desde 2004 los últimos domingos de mes los museos bogotanos ofrecen entrada gratuita o tarifa reducida a través del programa “Siga, esta es su casa” y así permiten la llegada de un nuevo tipo de visitantes: los habitantes de barrios remotos y populares. Toda la ciudad descubre así el patrimonio, la historia y el arte que preservan y divulgan sus museos. ¿Pero, en una ciudad que busca ser cada vez más inclusiva, cómo debemos servir a este público, satisfacer su necesidad de esparcimiento y cultura? ¿Qué les atrae y qué los asusta?, ¿cómo podemos convocarlos?, ¿cómo lograr que regresen? Ese es el reto que estamos investigando.”

Eduardo Londoño

Junio 2008

Durante el primer semestre del 2008, el Museo del Oro del Banco de la República se propuso acercarse a las localidades de Bogotá, a sus barrios y a las poblaciones vulnerables que en ellos habitan, comunidades que claramente no tienen en su tradición la costumbre de visitar museos. En trance de convertirse en un activo centro cultural de la ciudad (con la finalización de su proceso de ampliación en noviembre de 2008), el Museo se planteaba la necesidad de atraer y servir a nuevos públicos, además de conocerlos (Castro Benítez, 2003). Si en sus orígenes, hace 70 años, el Museo se dirigía a una audiencia muy restringida, desde la ampliación de 1968 se hizo fuerte con los grupos escolares de todos los niveles socioeconómicos; recientemente, con el programa de entrada gratuita los domingos, ha atraído a familias de estratos populares (Londoño, 2008). Pero, ¿el Museo del Oro es visto de la misma forma por los distintos grupos socioculturales de la ciudad? ¿Los mismos servicios podrían atenderlos a todos?

Desde una perspectiva antropológica surgía la pregunta de si para las poblaciones vulnerables —definidas como aquellas que sin un apoyo de la sociedad caerían en la indigencia— un museo tendría un sentido diferente o no tendría sentido alguno. ¿Cómo puede ser útil una institución de patrimonio cultural cuando el pan diario no está asegurado, cuando se ha abandonado la casa y todo lo propio por el desplazamiento forzado por la violencia?

Comunidades de base con objetivos muy diversos recibieron entonces, en distintos encuentros, actividades alrededor de los temas del museo, realizadas por un equipo dirigido por una antropóloga contratista, para investigar cómo se podría incluirlas a ellas y al Museo en planes y proyectos de apertura social de tal forma que el proceso les resultara útil y no fuera solamente un distractivo más. En total se realizaron ocho talleres para una población de 1.600 personas. Este artículo recoge la descripción de esa experiencia y las conclusiones alcanzadas.



En primera instancia se buscó lograr una adecuada identificación de las poblaciones que por su situación de exclusión social no estaban siendo participes activas en los servicios de difusión y aportes culturales. Las poblaciones vulnerables se encuentran asociadas en diferentes comunidades de base de acuerdo con sus propias necesidades; fue necesario entonces hacer la selección de las poblaciones reconociendo sus comunidades organizativas, llamadas también comunidades de base, con las que se realizaron los contactos pertinentes: comedores comunitarios, asociaciones de madres comunitarias y organizaciones juveniles, entre otras. Luego se procedió a efectuar las convocatorias para realizar los encuentros con las comunidades haciendo los contactos respectivos con las instituciones que orientan, apoyan o dirigen estos grupos.

Entidades como la Secretaría de Integración Social de Bogotá, el ICBF, las cajas de compensación familiar, las parroquias de las localidades, la Secretaria Distrital de Ambiente con sus parques ecológicos y sus aulas ambientales se contactaron para realizar el proceso propuesto de acercamiento a las comunidades vulnerables a fin de ser identificadas por el proyecto del Museo del Oro y a su vez buscar que ellas reconocieran al Museo del Oro como una institución cultural que les pertenece.

Se inicia el proceso con un encuentro en el cual las comunidades buscaron una nueva manera de contar su historia. En este encuentro inicial se trabajó la técnica de investigación social conocida como el [metaplan](#), donde los grupos buscan soluciones a sus problemas, acompañado de actividades propuestas por la comunidad como una forma de compartir con sus pares la historia de su procedencia y cultura. Se realizó una observación antropológica, cuyas anotaciones irán intercalándose con el relato de las actividades.

Encuentro 1. Identificación de las comunidades vulnerables

Se inició el acercamiento y reconocimiento con un recorrido por el Parque Mirador de los Nevados, en Suba, al noroccidente de Bogotá. Los invitados, miembros de los comedores comunitarios de la Aguadita, Santa Cecilia, Bilbao y Berlín, se dividieron en grupos, y en estaciones imaginarias que ellos mismos seleccionaron presentaron una muestra de su saber, lo cual obligaba a la participación activa de los demás invitados que demostraba su capacidad de organización y liderazgo, creatividad y orgullo por su propio saber.

En la primera estación se agruparon en el prado y jugaron al “Trueque de los zenúes” (un juego didáctico desarrollado por el Museo). Socializaron que dentro de sus relaciones diarias actuales ellos también practican el trueque. Aunque no lo reconocen con este nombre, dicen que en sus comunidades ellos son solidarios ya que las dificultades hacen que sea más fácil ponerse en el lugar del otro y, sabiendo que la vida diaria está llena de dificultades, siempre es mejor asegurar un aliado cerca. Este grupo social tiene muy claro el concepto de corresponsabilidad; lo usan dentro de sus frases cotidianas y es para ellos como un lema de vida que los identifica como pertenecientes activos a un comedor comunitario y a los valores y políticas que les son inculcados por los parámetros de inclusión social que maneja la

Secretaría de Integración Social que los coordina. Corresponsabilidad significa que cuando la comunidad recibe un apoyo este no debe ser recibido como una dádiva sino que implica una responsabilidad y un aporte activo de cada miembro del grupo.

En la segunda estación del Parque los esperaba una tarea manual. Los encargados de esta actividad pertenecían al comedor comunitario La Aguadita quienes se identifican como habitantes de un sector de Suba con una fuerte carga genética de tradición indígena. La actividad preparada por esta comunidad presentó una serie de figuras precolombinas, entregadas a los participantes para que las decoraran y recordaran imaginarios que tuvieran que ver con su color. Buscaban identificar qué significaba el dorado para nuestros ancestros, mirar qué representa para nosotros, reflexionar sobre los sentimientos que inspira aún hoy ese color y relacionarlos con el imaginario de lo que puede representar el oro que tenemos en el museo.

El color oro aún hoy les representa poder. El oro significa prestigio, algo por lo que trabajan muchos pero que para ellos es solo una muestra de poder, del poder del cual se sienten excluidos. Cuando algunos participantes dicen que asocian el oro al dinero y a la muerte, se presenta una circunstancia para la cual no estábamos preparados: un participante compartió con el grupo allí reunido su concepto y sus sentimientos de oro relacionado con muerte, con dolor, con expulsión, con pérdida, y a él se unieron otros participantes en situación de desplazamiento para expresar la sensación de abandono y soledad que estaban viviendo por causa del deseo desmedido de muchos y la intransigencia de otros. La historia trágica de nuestro país encontró en este espacio un momento propicio para aflorar recuerdos sobre el momento de la llegada de los peninsulares a América quienes exterminaron culturas muy bien establecidas y marcaron una época de terror que aún los habitantes del sector de la Aguadita dicen que está en sus corazones. Recuerdan la pérdida de sus tierras en Cota, Cundinamarca; recuerdan cuando fueron obligados a reagruparse en la encomienda de Soacha y cómo para poder volver a sus tierras debieron someterse a trabajar en los oficios domésticos de las familias españolas que se habían asentado en las mejores tierras de Suba, o mejor dicho *Súa*, como ellos comentan era el nombre indígena. No era de extrañar que esta comunidad actual del sector la Aguadita se expresara de esta forma, dado que están asociados dentro de una organización actual que se

reconoce como Cabildo Indígena de Suba, organización que cada día está tomando más fuerza porque se ha planteado como meta la recuperación de su identidad ancestral.

La comunidad de Santa Cecilia trae entonces igualmente la historia a su presente y como un gran acto de catarsis comienza a expresar cómo han llegado a este sector personas que vivían en zonas prósperas, que trabajaban la tierra, que tenían no solo un suelo rico para cultivar sino además agua en abundancia y sobre todo una naturaleza que les regalaba riqueza a granel. Comentan cómo en primera instancia los grupos de narcotraficantes llegaron a involucrarlos dentro de deseos y necesidades que ellos no tenían, cómo después los grupos guerrilleros llegaron a darles protección a los grupos ilegales y a participar de su comercio; recuerdan cómo pasó todo, cómo perdían a sus hijos e hijas dentro de un mundo que se estaba formando donde la prostitución, el madresolterismo, la delincuencia, los asesinatos formaron parte de su vida diaria. Intervienen aquí participantes del comedor comunitario Bilbao quienes dicen haber sufrido por la presencia paramilitar que llegó a las zonas ganaderas del norte del país, donde su poder invadía todos los aspectos del diario vivir, donde los valores de familia y trabajo se perdían para dar paso a la desintegración social y a la aparición de una idea fija diaria: nos tenemos que ir. Sin embargo, informan que los aquí presentes que debieron migrar no lo hicieron por ser expropiados de tierras por estos grupos, sino porque no tenían posibilidad de vida propia, que su vida pertenecía por completo a los caprichos y decisiones de un grupo fuertemente consolidado, arraigado y apoyado y que el único sentimiento que se tenía era el de estar acorralados. El grupo del comedor Berlín comenta cómo muchos de los habitantes de su barrio pertenecen a familias desplazadas; que ellos sí han tenido pérdidas humanas en el conflicto interno que se presentó cuando se enfrentaron por tierras, dinero y poder los dueños de las tierras y los demás actores del conflicto armado. Lo que comenzó como un trabajo de decorar unas figuras con escarcha dorada, terminó en un amplio conversatorio no planeado sobre la historia que se ha vivido en nuestro país, narrada por los propios involucrados en ella de una u otra manera.

En la tercera estación los esperaba un refrigerio típico de Cundinamarca, el cual compartieron mientras intercambiaban experiencias. El momento de encuentro anterior dejó abiertas algunas heridas y fue aquí cuando realmente se rompió el hielo y cada uno comenzó a ser él mismo, contando y compartiendo su historia. Se formaron grupos que

continuaban contando sus experiencias, dejando claro que Suba es un sector que recibe a diario cientos de desplazados no solo por la violencia entre paramilitares y guerrilleros, sino además por la carencia de oportunidades que existe en sus regiones.



Este lugar acondicionado para la toma del refrigerio y el descanso fue un espacio propicio para hablar espontáneamente de la falta de servicios públicos en algunas regiones, para recordar las largas caminatas para llegar a un puesto de salud, para recordar el olvido y la soledad que se siente cuando se vive lejos de las grandes ciudades. Comparaban sus actuales vidas en Bogotá con sus experiencias en su lugar de origen y tenían muy claro que aquí su vida es mejor, muchos dicen incluso que no volverían nunca a sus pueblos de origen: “Aquí al menos hay alguien al lado para darle la mano a uno”.

Una cuarta estación los esperaba, donde la psicóloga de nuestro equipo, Diana Aparicio, se encargó de devolver a los invitados la sensación de bienestar que por unos momentos pareció perdido y con los aires típicos de nuestro folclor bailaron, rieron y cantaron, terminando la actividad con un gran abrazo colectivo.

Viene el momento previo a la aplicación del metaplan, el momento de encuentro con los objetos físicos que se pueden encontrar en un museo. Este acercamiento al concepto “museo” fue responsabilidad de la estudiante de antropología Karonlains Alarcón, quien trabajó con los invitados una Maleta didáctica del Museo del Oro, maletín que propone distintas actividades alrededor de un tema y de objetos (réplicas y fragmentos originales de cerámica o lítico) que sí se pueden tocar. Todos se sorprenden por la participación y alegría con que ellos mismos se acercan a la historia de cada una de las piezas presentadas.

Queda claro qué es un museo y qué se encuentra en un museo; se comienza entonces la preparación para el momento de cierre. El metaplan presentará el imaginario que tienen los participantes sobre un museo en general y sobre el Museo del Oro en particular. Reunidos en el Aula del parque, a cada adulto o infante se le entrega una ficha y un marcador para que consigne en ella su concepto de museo, la idea que tiene sobre el Museo del Oro y una respuesta sobre la propiedad del Museo del Oro, a quién pertenece y quiénes tienen ahí su patrimonio. Los invitados escriben individualmente sobre las tarjetas las respuestas a preguntas y comparten las respuestas.

Un moderador elegido expone la conclusión al grupo general, llegándose al acuerdo sobre un hecho particular: ningún participante consideraba que el Museo del Oro pertenecía a todos los ciudadanos, tenían el concepto de su pertenencia al Estado; podríamos decir que el 30% de los participantes no ubican al Museo del Oro y no tienen claro qué actividades se realizan allí. Sugieren que el Museo debería asistir a las reuniones que la comunidad realiza en forma permanente a fin de realizar las convocatorias dentro de su sistema de mesas y redes para lograr participación.

Las siguientes frases condensan tópicos pertenecientes a la ideología de las comunidades que asistieron al primer encuentro en el parque Mirador de los Nevados.

- Los museos son para los ricos.
- Los museos son para los extranjeros.
- Nunca estuve en un museo; no soy hijo de rico y no soy inteligente, entonces ¿para qué?
- Nunca tenemos tiempo para esas cosas.
- El gobierno es el dueño del museo.
- Sí me gustaría ir a un museo, pero, como todo, algún día será.
- Pues tener paciencia, esperemos a ver cuándo se puede.

Al terminar el primer encuentro, el representante y por el momento presidente de la asociación de usuarios del comedor comunitario La Aguadita realiza con nosotros el contacto para invitarnos a su comedor. Nos comenta que así como lo dijo en la socialización, la zona conocida actualmente como La Aguadita se encuentra en un lugar privilegiado, en la cima de una montaña, rodeado por dos fuentes de agua; informa que muchas de las familias que hoy en día son propietarias de esas tierras se reconocen como indígenas y forman parte del actual Cabildo Indígena de Suba y que además están trabajando en la recuperación de su memoria colectiva. Ante una comunidad tan rica en saber y tan amante de su patrimonio replanteamos nuestro plan de acción y decidimos aceptar la invitación para realizar con ellos el segundo paso del proyecto. En este momento del proceso es importante conocer qué idea tiene la población vulnerable que habita La Aguadita sobre el museo.

Encuentro 2. Expectativas sobre el Museo del Oro

La comunidad de la Aguadita se encuentra en la cima de una montaña, en el sector conocido como el Rincón de Suba, sobre cerros que comparten los habitantes del estrato socioeconómico alto (estrato 6) y las comunidades de estratos 1 y 2. La Aguadita presenta como lugar de reunión el espacio físico de su comedor comunitario: amplias instalaciones dotadas del equipo humano y físico adecuado para realizar nuestra investigación y los contactos que el proyecto se había propuesto, y para dar a conocer estas instituciones de inclusión social. En el barrio la Aguadita vimos cómo los comedores comunitarios son lugares de reunión donde las poblaciones vulnerables reciben no solo un alimento diario sino además, y sobre todo, un apoyo permanente para lograr incluirse en forma proactiva en el proceso de mejorar su calidad de vida. Allí se trabaja en el reconocimiento de derechos, cambios de actitudes, conformación de redes de apoyo, formulación y orientación para proyectos productivos, todo esto buscando que superen su condición de vulnerabilidad.



Los comedores comunitarios tienen dentro de su estructura administrativa un profesional encargado de las funciones de inclusión social, cuyo cargo es exactamente ese: *Incluser social*. Es este profesional el encargado de atraer hacia su comedor todas las acciones, eventos y actividades que puedan servir a su comunidad en el proceso de mejora continua de la calidad de vida.

El comedor comunitario La Aguadita tiene además, como una de sus características propias, un grupo de adolescentes inquietos en los aspectos culturales y que vienen formándose como líderes propositivos no solo dentro del comedor, sino con influencia dentro de su sector, sector que no está exento de la problemática de venta y consumo de drogas, embarazos prematuros y múltiples, maltrato infantil, prostitución y madres solas tratando con todos sus recursos de superar su condición de vulnerabilidad y pobreza. Para muchas madres cabeza de familia el único apoyo es el comedor comunitario que dentro de sus políticas de inclusión les brinda talleres y eventos sobre derechos humanos, derechos de la niñez, derechos de las mujeres y corresponsabilidad social ante estos derechos, aspecto muy importante a destacar porque parte de los problemas observados en la cultura actual radica en que se conocen y exigen derechos pero se ignora el componente básico de corresponsabilidad que conlleva cada uno de ellos.

El fuerte de esta comunidad son sin embargo sus niños y este comedor tiene una caracterización de ellos que por su interés recogemos como un inserto a este artículo.

Con esta población de niños adolescentes y jóvenes se realizó la actividad en busca de conocer las expectativas que tenían sobre el museo. Se trabajó con los métodos y técnicas de la cartografía social adaptándolas a las posibilidades y necesidades de esta población.

A los jóvenes se les dividió en grupos y se les pidió dibujar un plano de las rutas que ellos reconocen para llegar al Museo del Oro, dibujar un plano imaginario del Museo, identificar los puntos donde podrían tener espacios de felicidad, de riesgo, de amistad y de aprendizaje para el desarrollo integral tanto de los niños y niñas como de los adultos mayores y las madres cabeza de familia. Por último, se planteó una plenaria donde cada grupo socializaba su cartografía.

Caracterización de nuestra población infantil

Lineamiento de inclusión social del Comedor Comunitario La Aguadita, 2008.

“Conocemos a algunos niños desprovistos de criterios, buscando complacer a sus padres, tratados con crueldad por sus mayores amparados en la excusa de una buena educación, educación inculcada por sus padres; vimos a esos niños tristes, como objetos, mirando la vida pasar, mirando deambular las gentes, deseando tener lo que otros tenían y viajar a donde otros viajaban, envidiando un triciclo, una ropa, un helado, pero incapaces de exigirlo por falta de auto-respeto, autoestima o por comprensión temprana de la imposibilidad económica de su familia.

Conocemos niños despreocupados jugando en la calle, con un vacío de afecto y de atención, con una soledad muy grande a pesar de sus familias numerosas, con un miedo que lo envolvía todo, hasta la vida misma. Niños rebeldes en apariencia, pero al llegar a ellos los encontramos llenos de ternura y potencialidades por nadie descubiertas.

Conocemos niños castigados, maltratados, sin derecho a una caricia, a un *te amo*, niños atormentados por el deber pero sin derechos claros, niños incapaces de exigir ser entendidos.

Pero vemos también niños que crecen rodeados de amor y de atenciones, en pequeñísimos hogares, niños que solo han tenido que pronunciar una palabra para que sus más queridos sueños se hicieran realidad a pesar de las dificultades económicas de su familia.

Queremos formar niños que despierten con un beso y un *te quiero*, niños a los que se les permita equivocarse, sin sentir el peso del castigo y el desprecio, niños a los que se les permita elegir y se les acepte expresar su decisión.

Queremos colaborar en formar niños que crezcan sin el lastre diario de unos padres que discuten, gritan y se hostigan sin descanso, niños con amigos y amigas, capaces de compartir sentimientos de lealtad y afecto.

Niños solos a veces, sí, es cierto, pero sin sentimientos malsanos de soledad y aislamiento, capaces de disfrutar tanto de la soledad como de la compañía. Niños que construyan en su mente una imagen de mujer diferente, que vean a la mujer como una criatura valiente, cariñosa, fuerte, capaz de lograrlo todo, niños que hayan recibido amor y respeto y un solaz al lado de alguien que a pesar de la ansiedad y las preocupaciones que vive por su responsabilidad solitaria, pueda dar amor y hacerlos felices al darse cada día.

Queremos formar niños que comiencen a ser hombres, a ser responsables, a enfrentar las dificultades con entereza, a superar los obstáculos y a manejar las cargas que la vida va ofreciendo. Los veo sanos, los veo capacitados para enfrentar el mundo con madurez, los veo afectuosos, los veo seguros, los siento sensibles pero fuertes, los siento más capaces de mejorar el mundo, de formar familias sanas, de educar hijos felices, de hacer de este mundo un lugar digno para vivir en él.”

Al dibujar los jóvenes la ruta para llegar al Museo del Oro se observa que solo uno de los participantes conoce realmente que el Museo del Oro está localizado en el centro de la ciudad y que se puede llegar directamente desde Suba tomando un bus Transmilenio. Los demás jóvenes lo miran hacer el mapa, dibujar la ruta, hablar de su experiencia cuando lo visitó con su colegio; lo observan y escuchan con una actitud de sorpresa y hasta de desconfianza. Desconfianza sobre todo cuando el joven Sebastián comienza a contar que “está lleno de oro, todo lo que se ve en las paredes es de oro, son salones y salones y pisos y pisos llenos de oro y hay un salón gigante donde está todo oscuro y cuando se prenden las luces se ve solo oro”.

Los demás jóvenes comentan, unos, diciendo que eso no puede ser cierto, otros por el contrario para afirmar que “claro, son tesoros de esos que los piratas entierran y que cuando los encuentran los llevan al museo”, otros, que deben ser cofres con oro como los que se dice encontró un pariente suyo que vive en Santa Marta. El equipo de observadores permite para la socialización de cada grupo que todos se expresen sin mayores intervenciones, buscando conocer de la forma más espontánea sus expectativas.

Sigue el grupo al que le correspondió dibujar un plano del museo imaginario y dentro de él identificar los posibles lugares donde podrían ser felices, los posibles lugares que pudieran ser riesgosos o inspirarles algo de temor, los espacios donde pudieran hacer amigos o simplemente sentir lazos de compañerismo, y los espacios para adultos mayores y madres. Ellos plantearon lo siguiente:

“El museo que nos imaginamos tiene varios pisos, no debe tener escaleras pues a los adultos mayores y personas con problemas para caminar les puede dificultar el paso, debe tener lugares donde uno pueda preguntarle a los demás qué le pareció y los demás puedan sin miedo contestarle a uno, esto porque como todo el museo está lleno de oro, todo el museo es peligroso para que lo roben o piensen que uno se va a robar algo, de modo que es bueno que alguien del museo busque que unos visitantes puedan hablar con otros. Pensamos que todos puedan ser felices en el museo, cómo no va a ser uno feliz viendo oro por todas partes, pero también uno se debe sentir asustado. Ah y es bueno que no olviden que los pequeñitos no pueden ver nunca nada porque siempre está todo muy alto.”



Los jóvenes pidieron que este taller tuviera una segunda sesión y se comprometieron a leer más sobre el Museo del Oro y visitarlo por Internet para estar preparados para el gran día.

Y así llegó el momento esperado, una segunda reunión para la cual el Museo del Oro prestó la Maleta didáctica “Amazonas”, un material didáctico acerca de la vida y la diversidad de las comunidades indígenas actuales de la Amazonía colombiana, que contiene

objetos de cultura material amazónica manufacturados por los indígenas mismos y que en general resultan muy atractivos para el público urbano. Los jóvenes habían adecuado un espacio de exhibición, decorado por ellos, con una adecuada infraestructura física para presentar las piezas y hablar de ellas.

Jessica tomó el liderazgo del grupo y muy temprano, desde las 8 de la mañana, estaba recibiendo a la comunidad, que en grupos familiares entraba al comedor comunitario a cumplir la invitación hecha por sus jóvenes. Niños y niñas, adultos, madres con sus bebés desfilaron por el comedor comunitario mirando las obras de las sociedades indígenas amazónicas de Colombia, intercambiaron experiencias y conocimientos e incluso volvieron durante el día con otros invitados. Fue un día de feria; en los barrios vecinos Taberín, Los Naranjos y Ciudad Hunza se comentaba que en la Aguadita estaba el Museo del Oro y de estos sectores también llegaron invitados, quienes se llevaban con gran orgullo una postal del Museo del Oro o un afiche con una ilustración donde se aprecia una comunidad muisca prehispánica realizando sus actividades cotidianas en una zona que identificaron como de su sector (y que efectivamente se parecía mucho). Dado el interés general, una de las visitantes comentó que ella era pintora y en su casa iba a reproducirlo en un mural.

En el momento de socializar y evaluar la actividad, cuando se pensaba que ésta había terminado, los participantes adultos tomaron la palabra y expresaron su sentir sobre el patrimonio, la cultura, la tradición y los museos. Como muchos de estos adultos pertenecen al Cabido indígena de Suba no fue de extrañar que expresaran frases como: “Dentro de las culturas se generan patrimonios que se reflejan en el saber hacer de sus gentes. Es importante que todos contemos qué sabemos hacer, cómo lo aprendimos, cómo lo usamos y sobre todo cómo lo podemos enseñar”.

Y en la Aguadita, en ese momento, dándole un sentido muy concreto a esa afirmación, la comunidad se hizo consciente de la posibilidad de generar nuevos parámetros culturales alrededor de la cultura tradicional. Allí, donde hoy en día convergen familias afrocolombianas, llaneras, santandereanas, opitas, guajiras e indígenas del sur del país, se presentó en forma unánime la voz de recuperar lo que somos alrededor del sentir que les inspiró la actividad del Museo del Oro.

“La Ley 387 de 1997 define como desplazada a toda persona que se ha visto forzada a migrar dentro del territorio nacional, a abandonar su localidad de residencia y las actividades económicas habituales porque su vida, su integridad física, su seguridad o libertad personal han sido vulneradas o se encuentran directamente amenazadas.”

(DNP, 1999: documento Conpes 3057)

La primera en realizar dichos planteamientos fue Guadalupe, una morena de San Jacinto, Bolívar, quien dijo que los museos guardan tradiciones, pero que tradición era “lo que yo sé hacer” y compartiendo con todos su saber para elaborar hamacas, prendió una chispa en los mayores y en los niños, chispa que pide no dejen morir.

Don Alberto Galvis comentó entonces que en los Llanos Orientales de Colombia y en la Amazonía él aprendió muchas cosas, que sabe hacer correas, que sabe hacer cofres, que sabe preparar alimentos nutritivos y que desea enseñar este conocimiento a quienes quieran volver a reunirse. Y así, Helena, Nancy, Cindy, Juan Carlos y muchos otros comenzaron a reunirse un día a la semana para compartir con sus vecinos sus saberes: siempre salían con un producto en sus manos, una muñeca vestida con traje de lujo elaborado en papel, una caja elaborada en plástico o papel, un jabón decorado con perlititas brillantes, un cinturón tejido a mano, una rica torta de soya, una chocolatina de molde curioso, un tomate decorado condimentado y relleno para mejorar el almuerzo, unas *alegrías* o *millos* costeños de crispetas y dulce.

A partir de la visita del Museo y de su Maleta didáctica, este lugar de encuentro barrial, el comedor comunitario, comenzó a valorar la diferencia, a aprender del otro, del distinto, del recién llegado que podía aportar una tradición propia. Y aunque no han faltado inconvenientes, el grupo hoy se identifica, se reconoce y se acerca, y busca dentro de sus propios saberes y conocimientos superar las condiciones de vulnerabilidad que por motivos culturales e históricos los habían separado pero que hoy los reúnen bajo una búsqueda permanente de sentirse incluidos socialmente. Y aunque las hamacas de San Jacinto de Guadalupe aún no se han comenzado a elaborar, su nostalgia de tierra, de ancestros, de cultura están modelando dentro de los nuevos suyos una mentalidad de cambio, de reconocimiento para empezar de nuevo. Dejan como idea para ellos, en sus reuniones de trabajo, comenzar a elaborar la gran idea de construir una olla comunitaria como parte del reconocimiento del grupo, sus potencialidades y necesidades. Una olla alrededor de la cual se reúnan las diferentes etnias y culturas, una olla que contenga las comidas típicas de cada uno, una olla donde al aire libre puedan reunirse y hablar de sus cosas, plantear realidades, enseñar su cultura, sus sueños y recrearse al terminar cada semana.

Fueron varias las invitaciones que el proyecto recibió en este encuentro. Otros salones comunales, comedores comunitarios, planteles educativos, juntas de acción comunal y parroquias se mostraron interesadas en continuar con estas actividades que como parte de un proceso de inclusión observaban muy positivas.

Para continuar el proceso y con el fin de acercar el museo a diferentes espacios se realizaron contactos con una reconocida universidad que trabaja de cerca con las poblaciones vulnerables, y sus estudiantes de primer semestre de la carrera de Pedagogía infantil se ofrecieron como impulsoras de este nuevo proceso.

Encuentro 3: Investigación para la identificación de características culturales propias de cada comunidad.

Al cambiar el entorno noroccidental y buscar hacia el suroriente de Bogotá identificamos un nuevo un espacio para compartir: el sector de Ciudad Bolívar. Después de subir indefinidamente la montaña del barrio Arborizadora Alta llegamos a un corto descanso donde se inicia el barrio Jerusalén, de reconocida trayectoria como albergue de familias en situación de desplazamiento, quienes desde aproximadamente 1945 han venido poblando y repoblando la zona.

Con el barrio Jerusalén y su historia —un sector reconocido como un refugio de desplazados, marginados y hasta quizá olvidados de los procesos culturales y sobre todo económicos— se inicia un nuevo encuentro de jóvenes, adultos e infantes alrededor de las culturas colombianas, del concepto patrimonio y de la maleta didáctica del Museo del Oro. Con el apoyo del padre Laureano (quien coordina actividades de inclusión social e económica desde su parroquia) las jóvenes estudiantes universitarias de Soacha se unen al proceso de reconocimiento de las tradiciones y la cultura, y mientras Sandra decora la carita de los infantes con figuras precolombinas en escarcha dorada, Gloria danza con ellos al ritmo de los aires folclóricos de su tierra, su ahora lejana tierra del litoral Pacífico. Nilvy cuenta historias, Carolina narra mitos, Ángela elabora piezas cerámicas y Haydée los acerca a las piezas de la

Maleta para hablar de otras culturas, de nuestras diferencias y de lo iguales que a la larga resultamos ser todos.



Como actividad de cierre, después de que los 60 participantes de la comunidad tomaron un refrigerio, vino el momento de socializar y evaluar el trabajo de la mañana. Se destacó cómo reconocen que su cultura les permite tener momentos y espacios de felicidad, ya sea bailando, danzando, jugando o coloreando; recuerdan que son importantes para mucha gente, que tienen saberes significativos, que tienen muchas cosas que decir y compartir, y que al igual que van a llegar a sus casas cargados de regalos, regalos que ellos mismos trabajaron, llegarán también cargados de sonrisas, de planes, convencidos de que la cultura debe servir para vivir mejor, que calidad de vida es poder sonreír con lo que se tiene, que no existe más riqueza que el saberse dueño de un pasado esplendoroso que puede

aprovecharse, que puede mejorarse y que merece contarse y compartirse. Ideas todas de sana autoestima y de valoración de su patrimonio y de la actividad cultural.

Estas son las conclusiones que nos presentaron como un mensaje los jóvenes:

“Ciudad Bolívar... una imagen mal vendida

Cuando en los medios de comunicación se habla de Ciudad Bolívar, injustamente se venden temas como las pandillas, la delincuencia, los homicidios, pero qué lejos está esta imagen de la realidad. Ciudad Bolívar es un inmenso sector y las diferencias entre un barrio y otro son múltiples, lo mismo sucede entre una cuadra y otra.

En el cerro existe una comunidad particular, la comunidad de Arborizadora Alta, una zona preferencial en Ciudad Bolívar: preferencial por la inversión del gobierno y preferencial por sus gentes trabajadoras y honestas.

Casas entregadas por la Caja de Vivienda Popular, auto-construidas por las familias que las habitan, circundan la zona del llamado Polideportivo, centro recreativo y cultural que gracias al empuje de los profesionales que lo manejan ha logrado hacer participar de sus programas, no sólo a los niños y jóvenes del sector, sino además y sobre todo a los adultos.

Una vida cotidiana ordenada, organizada, sin lujos, es cierto, pero nunca en la pobreza. Allí se encuentran mujeres luchadoras como las que conforman el grupo Santa Bárbara, comunidad que viniendo de chircales da ejemplo de organización, empuje y autoestima.

Jóvenes estudiantes universitarios sobresalen en la comunidad de Ciudad Bolívar, su honradez, inteligencia y esfuerzo merece destacarse ya que instituciones como el Gimnasio Moderno tienen allí un colegio en concesión, el Sabio Caldas, que ha educado en los últimos diez años a niños y niñas que hoy estudian en prestigiosas universidades, demostrando que las ganas de vivir, de saber y progresar pueden más que las circunstancias históricas sociales que marcan las diferencias.



Es hora de cumplir con Ciudad Bolívar diciendo la verdad, mostrando sus cosas buenas que son muchas más que las negativas. Y es mucha más la gente buena, noble y trabajadora en este sector de la ciudad que la que por necesidad o experiencias nefastas en su pasado, da la mala fama que los medios aprovechan para mostrar.”

Jóvenes líderes de Ciudad Bolívar

Es importante destacar cómo los jóvenes buscan aprovechar todas las ocasiones que se presenten para dejar precedente sobre quiénes son, y que tienen muy clara su situación actual pero también muy claras sus potencialidades.

Y para culminar el proceso de reconocimiento de las comunidades vulnerables que pueden beneficiarse con las actividades culturales del museo, y con el interés de acercar el museo a quienes la sociedad considera los más alejados, el proyecto llegó en un cuarto momento a las Madres Comunitarias de la localidad de Bosa, asociadas dentro de un trabajo de capacitación financiado por el Fondo de Desarrollo Local de Bosa.

Encuentro 4: Las madres comunitarias de Bosa y la educación

En este último acercamiento la propuesta era lograr identificar la influencia que la cultura y el patrimonio pueden tener en la educación, esto a través de observar y analizar la percepción que las madres comunitarias tienen del concepto museo y del Museo del Oro en particular. Se trabajó de nuevo bajo los parámetros y la metodología del mapa mental.

Las madres comunitarias de Bosa nos reciben este día: educadoras de menores, trasmisoras de imaginarios sociales económicos y culturales a las nuevas generaciones. Se reúnen en las instalaciones de una importante caja de compensación para imaginar qué es cultura, cómo se aprende, cómo se transmite y cómo el Museo del Oro contribuye a realizar e impulsar un proceso de reconocimiento del saber, del pasado, de lo que somos y lo que construimos con todo lo que sabemos y hacemos.

“Alrededor de los 80s el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar ICBF crea el proyecto Hogares Comunitarios de Bienestar, planteado para apoyar la formación de los infantes menores de 7 años que pertenecían a familias de los estratos 1, 2 y 3 con menores ingresos económicos. Tradicionalmente en estos sectores populares se presentan organizaciones de amigos o vecinos que delegan a unas mujeres el cuidado de los niños mientras sus madres trabajan o tienen que ausentarse para cumplir algunas obligaciones o actividades. Esta organización de base, informal, sin remuneración, que sucedía como favor, que a veces era remunerada con algún regalo o promesa de próximo apoyo, fue aprovechada por las organizaciones del estado para conformar una red de servicio hacia sus propias comunidades: la atención de los niños de estos sectores vulnerables sería realizada por madres que los cuidarían en sus propias viviendas, con sus propios hijos y recibirían a cambio un apoyo económico, un apoyo nutricional y un apoyo para mejoramiento del espacio físico.” (Informe sobre quiénes conforman el programa madres comunitarias. Bosa 2008)

En la actualidad la Secretaría de Integración Social del Distrito y el ICBF trabajan con madres comunitarias organizadas en asociaciones en la búsqueda de educar a los infantes de menores recursos con las mejores posibilidades que tengan a su alcance. Para esto las madres son capacitadas en programas patrocinados económicamente por los fondos de desarrollo local de las alcaldías de cada localidad.

Alrededor de estas madres de comunidades vulnerables, educadoras de infantes, constructoras de cultura, durante nuestra visita se evidenciaron las cualidades de un museo, las capacidades y potencialidades de su labor, la importancia de sus recursos y de su gente. Se elaboraron mapas mentales para conocer los imaginarios que poseen las educadoras de infantes de las comunidades vulnerables sobre la identidad, el patrimonio y la cultura.

En resumen estas fueron sus apreciaciones:

- Un museo nos recuerda quiénes somos, quiénes fuimos, y qué debemos ser, nos cuestiona, nos enfrenta a nuestra propia vida, nos pone de frente con lo que estamos haciendo. ¿Será mi presente el sueño de mis ancestros?, ¿estaré

defraudando el esfuerzo de múltiples generaciones que me precedieron?, ¿estaré dormida?, ¿pasiva?, ¿escondida?, ¿olvidando que en los saberes, en la cultura, en los objetos, en la forma de ver el mundo estoy representando a múltiples seres humanos que han buscado, luchado, se han esforzado para vivir mejor, más satisfechos, más felices, más armoniosos, más capaces de decir y hacer parte cierta de lo que llamamos evolución?

- Es importante fomentar procesos de capacitación para lograr reconocimiento por parte de los educadores sobre la importancia de la cultura como generadora de calidad de vida. Se reconoce que dentro de la educación de los infantes es necesario organizar salidas, mostrarles el mundo que les pertenece, enfrentarlos a otras realidades, motivarlos en la conciencia de que el mundo no es el pequeño y estrecho espacio donde se mueve su cotidianidad, sino que es tan amplio que aún sus ojos no lo han mirado pero que tienen derecho a recorrerlo, a apreciarlo, a tocarlo.
- Y terminan afirmando que si la cultura no sirve para vivir mejor, tal vez no sirve de mucho.

A partir de esta última apreciación se abrió una discusión con los profesores de las madres comunitarias, profesionales de las ciencias humanas. La conversación giró en torno al humanismo y al propósito de crear una nueva forma de educar, de formar hombres nuevos, puesto que la educación favorece la convivencia y ha demostrado ser la única forma de salir del desorden, la violencia y la desorganización. Los seres humanos son diversos y de la mano de las ciencias humanas y de los museos podemos conocer esa diversidad, apreciarla en su sentido humanista, para construir en cada infante un ser humano capaz de ser íntegro, capaz de saber qué quiere y cómo puede conseguirlo: conoce tu pasado, para que entiendas tu presente y así puedas planear un mejor futuro. Si los educadores acercan a los niños y jóvenes al mundo de la cultura —a los pensadores griegos, a los grandes movimientos filosóficos, pero también a la experiencia de otras sociedades como las africanas, las prehispánicas— los estarán alejando del consumismo facilista que suele ser el único patrón a emular en sus comunidades y les darán una visión más amplia para tomar el control de sus vidas.

Responsabilidad social

¿Un museo para los ricos? ¿Un museo que fortalece la autoestima y la identidad?

A partir de esta investigación sobre la utilidad que las comunidades vulnerables pueden derivar del Museo del Oro y de su labor, la oficina de Servicios Educativos lanzó el proyecto “El Museo del Oro una herramienta para la convivencia”.

Cada año esta línea de trabajo del Museo ha convocado a inclusores sociales, madres comunitarias, representantes de ONG y gestores y líderes de proyectos culturales, así como a los guías del proyecto Misión Bogotá de la Alcaldía Mayor de la ciudad, con el fin de darles una formación general sobre los temas del Museo del Oro y el uso de sus materiales didácticos, para que ellos mismos apliquen este conocimiento en sus proyectos.

Alrededor de los temas de las Maletas didácticas se generan conversaciones y reflexiones sobre saberes tradicionales, identidad, autoestima, convivencia y solidaridad que un inclusor social puede dirigir para empoderar, por ejemplo,

Y así concluye el colectivo, retomando la frase ya muy analizada por ellos: “Si la cultura no nos sirve para vivir mejor... tal vez no nos sirve de mucho”

En conclusión

Fueron muchos los logros obtenidos durante el proceso de acercamiento a las poblaciones vulnerables programado como investigación antropológica por el Museo del Oro. Se observó que ante la labor cultural y patrimonial estas comunidades:

- Se interesan fácilmente por estos temas, se involucran y los piensan desde su comunidad.
- Se fortalecen como grupo porque reconocen orígenes comunes.
- Se estimulan a participar dentro de las redes sociales que conforman su comunidad porque se reconocen como poseedoras de una herencia colectiva.
- Se empoderan de su pasado para mostrar sus potencialidades.
- Comprenden la importancia de continuar construyendo cultura.
- Se construyen nuevos imaginarios sobre quiénes somos, de dónde venimos, para dónde vamos.
- Se reconocen como miembros activos de una cultura.
- Recuperan y comparten saberes.

El trabajo con comunidades de base como los comedores y guarderías comunitarios o los resguardos es muy satisfactorio porque el grupo aporta su solidaridad de equipo, lo que es notorio cuando pasan del tema general de la Maleta didáctica al específico de los problemas que son cruciales para ellos. A la vez, la actividad cultural fomenta esa solidaridad, ayuda a construir lazos entre personas de poblaciones vulnerables que se han agrupado para enfrentar su situación (como el aprecio por la diversidad entre personas desplazadas de diferentes regiones) y de forma humanista les permite ver más allá de sus propias diferencias cotidianas. Un taller llega así a tener un efecto a más largo plazo de lo que se obtendría con individuos dispersos.



a los usuarios de comedores comunitarios desplazados de regiones distantes, quienes normalmente no encuentran fácil aceptar y apreciar sus diferencias culturales e incluso fenotípicas. Un evento o taller que convoca fácilmente por ser llamativo y recreativo, tiene así fácilmente un verdadero sentido social.

Nuestra visión es entonces que esta tarea pueda difundirse y que, puesto que hay Museos del Oro en seis ciudades de Colombia y los materiales didácticos se prestan gratuitamente en 28 ciudades, las ONG, las empresas comprometidas con la responsabilidad social y el estado mismo realicen y financien este tipo de talleres poniendo en acción lo investigado aquí.

Oficina de Servicios Educativos, Museo del Oro

Al llevar a una comunidad los temas que promueve el Museo sobre patrimonio, identidad, diversidad y convivencia (Servicios Educativos, 2008),

- El museo contribuye en la construcción de nuevas actitudes frente a la identidad, la tradición y la vida cotidiana.
- El museo impulsa proyectos socioculturales e incluso económicos basados en la recuperación de las tradiciones.
- El museo fomenta actividades para recuperar y procesar su memoria colectiva.
- El museo apoya la formación de líderes y educadores al interior de la comunidad.
- Surge en las comunidades la propuesta de educar nuevas generaciones mediante el reconocimiento de una identidad cultural propia y valiosa.
- Se plantea proteger las manifestaciones culturales tangibles o intangibles elaboradas por la humanidad.
- Se invita a trabajar en la construcción de museos barriales y lugares de encuentro culturales donde se promueva la cultura y sus múltiples manifestaciones.
- Se reconoce en los mayores una rica experiencia cultural aprovechable en beneficio colectivo.
- Se reconoce que se puede mejorar la calidad de vida mediante la recuperación de las manifestaciones culturales de sus ancestros: hábitos de vida, ideología, elaboración de artesanías, producción y preparación de alimentos, leyendas formativas, conocimientos curativos.

Las comunidades sienten que tienen que construir un nuevo estatus, unos nuevos roles, unas nuevas normas para equilibrar las relaciones por las nuevas posibilidades culturales y económicas que vive la humanidad. El ámbito cultural les da la posibilidad de reflexionar, dotarse de autoestima y llenarse de ideas para reescribir la ideología y encuadrar su mundo en unos patrones culturales que respondan a las necesidades propias de una nueva era que los pueda alejar del consumismo, de la violencia, del abuso, del estrés, de la desconfianza, de lo desechable, una era que va a construir unas nuevas respuestas a sus necesidades básicas de afecto, protección, recreación, prestigio y educación. Es ahí donde la labor de un museo, formadora de cultura y de identidad, puede dejar una semilla.

Bibliografía

CASTRO BENÍTEZ, Daniel. 2003. Protagonistas de museo: niños, jóvenes y adultos en el desarrollo de proyectos pedagógicos y museográficos sobre el patrimonio arqueológico colombiano. *Boletín Museo del Oro*, 51. Ene-dic. Bogotá: Banco de la República. <http://www.banrep.gov.co/museo/esp/boletin> (consultado en noviembre de 2008)

DNP. 1995. *El tiempo de los niños*. Documento Conpes Social No 2787. República de Colombia - Departamento Nacional de Planeación, Bogotá. ([Google](#))

DNP. 1999. *Plan de acción para la prevención y atención del desplazamiento forzado*. Documento Conpes 3057. República de Colombia - Departamento Nacional de Planeación, Bogotá. ([Google](#))

INFORME sobre quiénes conforman el programa madres comunitarias. 2008. Ms. Bosa.

LONDOÑO L., Eduardo. 2008. *Nuevos visitantes para los museos de Bogotá*. <http://cecabogota.pbworks.com/art+Nuevos+públicos> (consultado en noviembre de 2008).

SERVICIOS EDUCATIVOS, 2008. *Misión de Servicios Educativos*. Página web del Museo del Oro. http://www.banrep.gov.co/museo/esp/educa_mision.htm (consultado en noviembre de 2008).

Cómo citar este artículo

RIVERO, Haydée. 2011. Las comunidades vulnerables hallan en el Museo del Oro un medio de fortalecimiento. *Boletín Museo del Oro*, 55. Bogotá: Banco de la República. Consultado en <http://www.banrepcultural.org/museo-del-oro/boletin> (fecha)